

LA GUERRA HISPANO-AMERICANA DE 1898 Y SUS EFECTOS SOBRE LAS INSTITUCIONES MILITARES ESPAÑOLAS

por Miguel ALONSO BAQUER
Teniente Coronel de Infantería D.E.M.



A guerra hispano-norteamericana de 1898, a pesar de la brevedad del período de operaciones navales y terrestres, fue un fenómeno capaz de producir transformaciones profundas en las sociedades de España y de los Estados Unidos.

Para la sociedad española, la guerra del 98, —definitivamente denominada como «*el Desastre del 98*»—, supuso el acontecimiento clave de un período de crítica violenta y agresiva de quince años de duración. Entre 1895 y 1910 la expresión Desastre simbolizó la profunda disconformidad de una sociedad con la marcha de su historia.

La España de Alfonso XIII (1902-1931), se verá inducida a realizar un repliegue histórico sobre sí misma que debemos resumir como una postura regeneracionista. «La catástrofe del 98 es el terrible remate de esa progresiva desilusión y el símbolo definitivo con que se le expresará», ha escrito en *España como problema*, Pedro Laín Entralgo, uno de los más serios conocedores de la llamada generación del 98. (1).

Para la sociedad norteamericana, la misma fecha tuvo el significado de su irreversible lanzamiento al ruedo de la gran política. «La retirada de los ingleses en Panamá y el abandono de las pretensiones canadienses sobre Alaska, —escribió en *Los Césares venideros* el crítico historiador Amaury de Riencourt—, así como la retirada militar de la zona del Caribe y del Canadá eran factores que habían de llevar a la supremacía indiscutible de los Estados Unidos en todo el Hemisferio Occidental, preludio de una más amplia supremacía en todos los Océanos; y mientras América consideraba como inmorales las esferas de influencia europea en el resto del mundo, afirmaba sólida-

(1) LAIN ENTRALGO, Pedro. *España como problema*. Tomo II. Desde la generación del 98 hasta 1936. Ensayistas hispánicos. Aguilar. Madrid, 1956. (En tamaño de bolsillo, Colección Austral n° 784 se contiene el libro *La Generación del 98*, prologado en 1945 y posteriormente incorporado a *España como problema*).

mente su influencia y su control sobre Hispanoamérica, sin sentir sonrojo alguno por ello». (2).

«En la pugna por el monopolio de los centros industriales del mundo, —escribía a su vez el almirante español Luis Carrero Blanco, en un libro de 1956, *«Las modernas torres de Babel»*, en plena euforia del proceso de descolonización en África—, los pueblos civilizados, van a dar un triste espectáculo de insolidaridad, de cerril egoísmo, y sólo la fuerza y la astucia diplomática van a ser las razones en que se apoyen las conquistas coloniales» (3).

En lo que a la historia de las instituciones militares se refiere, la guerra del 98 marcó para España y para los Estados Unidos un giro espectacular, todavía dentro de los supuestos culturales del evolucionismo selectivo. Era una época en la que el darwinismo social imperaba por doquier y en la que la curiosa amalgama concebida por «Hebert Spencer» entre el viejo credo puritano y la concepción biológica pseudocientífica se adueñaba de los espíritus cultivados. Estos apóstoles spencerianos, —que H. Adams describe en los nueve volúmenes de su magna obra *History of The United States* (4) y que el español Jesús Pabón desenmascara en sus estudios sobre las figuras europeas de la era bismarckiana (5)— confundían (y hacían confundir a sus pueblos) la expansión mecánica, con el progreso auténtico.

Para los spencerianos, al igual que para los españoles de la generación literaria del 98, —Unamuno, Baroja y Maeztu sobre todo—, si se atiende a los escritos de fecha inmediata a la de la guerra, era función de la historia y de las guerras en particular, eliminar del primer plano de la política a las pequeñas potencias en beneficio de las grandes y a los hombres débiles de cada sociedad en beneficio de los fuertes.

Esta es la atmósfera general, en la que el balance, tan distinto, de las operaciones militares del 98 determinará el sentido del cambio de fisonomía de los ejércitos de España y de los Estados Unidos. En este trabajo sólo se hará mención de los efectos de la derrota sobre las instituciones militares españolas.

Pero debe hacerse la observación, de que en absoluto se trató en la España de Alfonso XIII, después del Tratado de París de 1899, de preparar una réplica militar, como ocurrió en Francia después de Sedán (1870) o en Alemania después de Versalles (1918). La finalidad del proceso regeneracionista al que se aplicaron los militares españoles de la primera década del siglo XX,

(2) RIENCOURT, Amaury de. *Los Césares venideros*. Interpretación polemista del destino de América, a la luz de la Historia Universal. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1968. (El original inglés. «*The Coming Caesars*. A challenging interpretation of america's destiny in the light of world history», apareció en 1957 y está catalogado en la Biblioteca del Congreso con la ficha n° 57.7064).

(3) JUAN DE LA COSA. *Las modernas torres de Babel*. Ediciones IDEA. (Instituto de Estudios Africanos). Madrid, 1956. (El pseudónimo corresponde al Almirante D. Luis Carrero Blanco).

(4) ADAMS, H. «History of the United States». 9 vols. (Se publicó entre 1889 y 1893).

(5) PABÓN Y SUÁREZ DE ORBINA, Jesús. *Días de ayer*. Alpha. Barcelona, 1963. (Incluye la conferencia pronunciada en la Escuela Diplomática de Madrid en 1952, bajo el título *El 98, acontecimiento internacional*).

se fijó simplemente el objetivo de mantener la línea de seguridad del repliegue, a base de la negativa social sin paliativos a cualquier aventura bélica. El regeneracionismo militar español, se limitó a exigir una política aislacionista en lo Internacional.

EL ESFUERZO MILITAR ESPAÑOL EN CUBA Y FILIPINAS

En relación con los costes materiales y en vidas de las guerras del siglo XX, no es fácil comprender la envergadura del cansancio del Estado español de la Regencia de María Cristina (1885-1902), por la reiteración endémica de los conflictos de Cuba y Filipinas.

Como ha mostrado para Cuba José Joaquín Ribó en *Historia de los voluntarios cubanos* (6), para oponerse a la insurrección iniciada por el grito de Yara, cuando España acababa de consumir revolucionariamente el destrocamiento de Isabel II (1868), la propia sociedad hispano-cubana había aportado la nada desdeñable cifra de 35.000 hombres, hasta constituir un cuerpo de combatientes paralelo al ejército regular español de guarnición en Cuba, entre ellos 14.000 jinetes.

Cuando en 1895, tras unos lustros de engañosa paz firmada en Zanjón, se recrudece, —grito de Bayre—, la insurrección, el ejército regular se elevó en tres meses de 80.000 a 114.000 hombres al tiempo que se volvía a fomentar por el Capitán General y Jefe del Ejército Expedicionario, la participación del voluntariado.

La contención de los insurrectos, (autonomistas primero e independientistas después), incluso analizada en la perspectiva del relevo en la Capitanía General de la Habana, —y paralelamente en Manila—, de militares pacificadores como Martínez Campos, por enérgicos jefes como Weyler y Polavieja, estaba dentro de la capacidad militar y económica del Estado español. Con datos de Hugh Thomas para Cuba, todavía en 1874 cerca del 25% de la población, —unos 300.000—, habían nacido con la condición legal de esclavos.

Si hubo españoles residentes en Cuba que simpatizaron con la independencia, el número de cubanos que lucharon voluntariamente al lado de España, fue incluso superior al de los alistados enfrente, (70.000 frente a 57.000).

El problema era más político que militar y no sería insoportable a medio plazo para la metrópoli española, mientras el apoyo exterior a los rebeldes, no interfiriera las comunicaciones con la Península Ibérica, por mucho que se alimentara el pontencial militar de la rebelión por vía de contrabando de armas.

La campaña de prensa norteamericana, que culminó en el aprovechamiento de la fortuita voladura del Maine, supuso un cambio esencial de la situación. Pero tampoco se percibió al punto, como insoportable para el esfuerzo militar español. Todavía se confió en las esferas de poder, en que el primer alarde de fuerza viniera inmediatamente recompensado con la derro-

(6) RIBO, José Joaquín. *Historia de los voluntarios cubanos*. Imprenta de T. Fortanet. 2 vols. Madrid, 1876.

ta o el escarmiento de las primeras expediciones norteamericanas. La movilización española de recursos, aunque se hacía tras unos años en los que, tanto los Gobiernos del conservador Cánovas como los del liberal Sagasta, denominaban a sus presupuestos de paz, se hizo sin resistencias notables y con enorme entusiasmo popular.

La preocupación por la suerte adversa de las armas españolas fue minoritaria. Se redujo a las llamadas de atención de algunos prohombres, que tenían motivos para conocer el potencial de los Estados Unidos de América y no desdeñaban su capacidad de organización. Ramiro de Maeztu, que había vivido unos años en Cuba, anunciaba el «desastre» con esta misma palabra en artículos pronto recogidos en un libro de 1897 con el título expresivo de *Hacia otra España* (7). Y no tenía inconveniente en traducir el concepto de «debacle» que Zola había utilizado en su despiadado ataque a las instituciones militares francesas con ocasión del asunto Dreyfus. Decía así Maeztu: «Triste, muy triste, el posible Sedán colonial, para un pueblo que, como los ancianos, pervive de recuerdos... pero el Sedán en lejanas posesiones no es la muerte: ese Sedán pudiera ser la vida... Muy triste es el desastre que amaga, pero si él nos sirviera para reconcentrarnos en nosotros mismos, para meditar un momento y obrar en conciencia, ¡Bienvenido el Sedán doloroso!».

Pi y Margall, el viejo patriarca del republicanismo federal hispano, acusaba a la prensa de todas las ideologías, del monstruoso engaño sobre las posibilidades de victoria española, en la desigual guerra que se venía manteniendo y en las eufóricas despedidas en las expediciones de soldados (8).

La movilización en sí misma, —lo demuestran los economistas de hoy—, ni empobreció a España ni endeudó al Estado. Pero cuando quedaron frente a frente las marinas de guerra, se pudo apreciar el inmenso desnivel de los navíos.

La repercusión del «Desastre», sobre la moral de las instituciones militares españolas no podía ser fruto del resentimiento contra los mandos que no habían sabido utilizar los medios que puso la nación en sus manos. Los medios, —barcos y armamento, marineros y soldados, fortificaciones y material diverso—, eran exactamente los que se habían querido tener y fueron empleados con arrojo, valor e inteligencia. El desajuste evidente quedó a nivel político. Lo desmesurado, era la finalidad misma de la guerra, es decir, la ciega voluntad de resolver con las armas y al margen de una política modernizadora, tanto el inicial problema de las autonomías de Cuba y Filipinas, como la posterior intromisión de las fuerzas norteamericanas en el conflicto de emancipación.

(7) MAEZTU, Ramiro de. *Hacia otra España*. Madrid, 1897. (El libro de Vicente Marrero, Maeztu. Biblioteca del Pensamiento Actual. Ediciones Rialp. Madrid, 1955. Explica la trayectoria del «converso del 98», Discípulo de Spencer, admirador de Nietzsche, colaborador de la Sociedad Fabiana y Seguidor de Spengler y de Maurras, en sucesivas y apasionadas defensas de la Hispanidad, de la Monarquía y del Espíritu).

(8) PI Y MARGALL, Francisco. *Historia de España en el siglo XIX*. Tomo V. Barcelona, 1902. (El Artículo más reproducido es del 2 de abril de 1898 donde decía: «Ira nos da ver, cómo ciertos periódicos, haciendo alarde de un patriotismo que jamás sintieron, empujan a la nación y al Gobierno, a que no ceda en la cuestión de Cuba y rompa con los Estados Unidos»).

EL CONTEXTO INTERNACIONAL

El historiador español José María Jover Zamora en unos trabajos muy recientes, ha asumido primero, la postura ya clásica del maestro de historiadores que fue Jesús Pabón y ha fundamentado después, con el análisis de todas las fuentes diplomáticas, el sentido dominante de la mentalidad de las cancillerías occidentales a finales del siglo XIX (9).

Entre la Conferencia de Berlín de 1885, —*reparto de Africa*—, y la Conferencia de La Haya de 18 de mayo de 1898, —*redistribución de hecho del espacio colonial*—, había ido subiendo el número de los países participantes, en un proceso que se enmascaraba, como de búsqueda de la estabilidad política internacional a través de la mediación y del arbitraje de los grandes. En realidad, disminuía el número de los países cuyo derecho a sustituir a otros, históricamente cansados en las tareas civilizadoras, les fuera reconocido. En La Haya estaban representados 26 Estados, —todas las naciones europeas más China, Japón, Persia y Estados Unidos—. Todos, incluyendo a los diplomáticos españoles que gestionaban el Tratado de París para la liquidación del conflicto hispano-norteamericano, admitían, en particular, que los restos del viejo imperio colonial de España y Portugal, terminarían pasando a las manos de las potencias que los últimos acontecimientos habían revelado como poderosas en lo militar y eficientes en la administración.

La pauta de pensamiento, en lo que a los Estados Unidos se refiere, se expresó en la obra geopolítica del marino Alfred Mahan (10). El esquema mental era coherente con el auge del nacionalismo europeo. La historia comparada en manos de Amaury de Reincourt lo señala: «*A principios del siglo XX, Europa alcanzó el grado más alto en su exacerbado nacionalismo. Ningún sentimiento de hermandad podía ya frenar a las doctrinas seculares, que conferían al Estado y a la Nación un aura suprema de religiosa deificación... La Internacional Socialista, —es el ejemplo que lo demuestra—, iba a verse traicionada por sus propios adeptos, superada por las pasiones patrióticas*».

En este contexto internacional, para España, no había otro modo de resolver el problema (cubano o filipino) de Ultramar, que la negociación en posición de fuerza. Es decir, que tras un éxito temporal contra los insurrectos, se optara generosamente a favor de la independencia. Sólo esta política hubiera podido impedir el intervencionismo norteamericano, tanto porque cuidaba de no dar pretexto alguno a los Estados Unidos, como porque se ofrecía a los rebeldes pacíficamente lo más esencial de su reivindicación.

(9) JOVER ZAMORA, José María. *Gibraltar en la crisis internacional del 98*. (Incluido en el Tomo-Homenaje a Jesús Pabón y en el libro *Política, Diplomacia y Humanismo popular en la España del siglo XIX*. Ediciones Turner. Madrid, 1976).

Idem.— *Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Conferencia pronunciada el 18 de enero de 1978 y publicada por Fundación Universitaria Española. Madrid, 1979.

(10) MAHAN, Alfred T. *La guerra naval y sus enseñanzas*. Madrid, 1899. (Es la primera edición en lengua española).

Idem.— *Influencia del poder naval en la historia*. El Ferrol, 1901. (El original, en inglés, se publicó diez años antes).

La administración inicial del Presidente McKinley, por respeto a los principios morales, se atuvo a este esquema negociador, pero fue muy pronto desbordada por el oportunismo audaz de Theodore Roosevelt que, respaldado eficazmente por la prensa, estaba ansioso por ofrecer a la historia de su país una victoria militar (11).

LA DEFINICION POLITICA DE LA GUERRA

Para contemplar, en la perspectiva de la historia militar, las enseñanzas que pueden derivarse del periodo consiguiente a una derrota es imprescindible tomar conciencia; *primero*, del contexto internacional en el que la derrota se produce; *segundo*, alcanzar la definición política del tipo de guerra a través del análisis de lo que el polemólogo francés Gaston Bouthoul llama *impulsiones beligenas* (12); *tercero*, obtener la definición estratégica del tipo de operaciones, a través del análisis de lo que André Beaufre llama modelos estratégicos (13); y *cuarto*, precisar la definición táctica del tipo de combates, a través del análisis de la acción recíproca de los medios, en presencia al modo de la tradicional historia del arte de la guerra.

Cumplida la primera etapa, conviene entender que la guerra hispano-norteamericana admite, en la *trayectoria abierta por el grito de Bayre*, hasta tres definiciones unilaterales del tipo de guerra:

Visión española

La justificación de la réplica a la insurrección, se venía haciendo en España, en función de la antigüedad de su presencia en América y Oceanía, —y particularmente en Cuba—, desde los días del descubrimiento. Para la opinión española, para los partidos políticos del turno constitucional y para los Ejércitos de Tierra y Mar, no podía tratarse sino de una guerra prolongada de secesión o de emancipación. Su mayor riesgo estaba en la indeseable internacionalización del conflicto. De aquí que fuera impensable, cualquier gesto de provocación contra los Estados Unidos. Por lo tanto, el sector norteamericano más interesado en la entrada en la guerra, —encabezado por la figura ascendente de Theodore Roosevelt—, se vio forzado a una campaña probelista intensísima, digna de figurar en los anales del más contundente periodismo militante. Pulitzer (*New York World*), Benet (*New York Herald*) y Hearts (*Journal*), rivalizan en la campaña polarizada en contra de Weyler.

Visión cubana

La justificación de la insurrección contra las autoridades españolas, se basó inicialmente en el retraso en las reformas de tono autonomista. Política

(11) FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor. *Historia política de la España Contemporánea*. Tomos 107, 117 y 120 de El libro de Bolsillo. Alianza Editorial. Madrid, 1968.

(12) BOUTHOU, Gaston. *Traité de Polémologie*. Sociologie des guerres. Payot. Paris, 1970.

(13) BEAUFRE, André, general. *Introducción a la Estrategia*. (Edición española del Instituto de Estudios Políticos).

y socialmente recibía impulsos, de las situaciones de independencia y desarrollo de las demás naciones del continente americano. Pero la existencia de una importante fracción de hispano-cubanos, decididos a mantener la unidad con España, daba al conflicto una calificación neta de guerra civil de liberación.

Visión norteamericana

La justificación de la intervención, en apoyo de la insurrección armada se hizo, en principio, como oferta desinteresada en apoyo de la libertad de una población oprimida o sin pleno uso de derechos. Pero muy pronto, pasaron a primer plano en la propaganda, las ventajas de una administración más eficiente para Cuba y de una comercialización más beneficiosa para los Estados Unidos que, seguramente, se seguiría de la expulsión de España. Había que forzar las cosas, hasta el punto que permitiera librar contra España, una guerra limitada de intervención.

Las tres visiones unilaterales, se dieron de hecho en la conciencia de los protagonistas y perviven en la mente de los historiadores. Pero es obvio que, cuando lo que se indaga es la potencia de las impulsiones belígenas, se descubre que lo primario, la voluntad belicista de un sector de los Estados Unidos, se impuso a los deseos de McKinley y que lo secundario, la cautela española, encontró en los sectores sociales de su metrópoli, una actitud de inmediata réplica militar que tampoco pudo ser contrarrestada por el Gobierno de Sagasta.

Se llegó, pues, a una guerra internacional, de objetivo limitado, en la que España no podía ser apoyada por ninguna potencia europea y en la que los Estados Unidos no necesitaban empeñarse a fondo para liquidar a su favor la contienda.

Ahora bien, en orden a la posibilidad de medir objetivamente las repercusiones de una derrota en las instituciones militares, lo correcto es partir de la visión española, ya que en el 98 el efecto moral y material del «*Desastre*» se derivó precisamente del sostenimiento de la definición de la guerra, dentro de la interpretación del fenómeno como guerra prolongada de inadmisibles cesión de un fragmento de la patria españolas.

LA DEFINICION ESTRATEGICA DE LAS OPERACIONES

Para la definición del modelo estratégico elegido por los Gobiernos españoles, conviene partir de la visión militar de las operaciones, que fueron sucesivamente determinadas en Cuba, por el pactismo de Martínez Campos y el activismo de Weyler, antes de que, en la etapa dura, pasaran a ser dirigidas por el moderado general Blanco (que había significado algo parecido, en su etapa de mando en Filipinas, respecto al general Polavieja).

También en este punto hay que distinguir tres visiones:

Visión española

Martínez Campos había buscado inútilmente el pacto merced a las con-

cesiones autonomistas. Weyler había planificado una metódica ofensiva estratégica de cerco, a cargo de las columnas del ejército enviado desde la metrópoli. Blanco interrumpió el plan Weyler y convirtió a las operaciones contra los insurrectos, en una defensiva estratégica de tipo selectivo, que aún se concretó más a la defensa de los objetivos vitales para la supervivencia de la presencia española, a partir de la declaración de guerra con los Estados Unidos.

Visión cubana

La insurrección —y otro tanto puede afirmarse del estilo de la rebelión de Aguinaldo en Filipinas— se atuvo en todo momento al estilo irregular de una guerra de guerrillas. Pero a partir de 1898, el esfuerzo guerrillero cubano, se orientó hacia el dominio de la puerta de acceso del apoyo norteamericano: Santiago de Cuba.

Visión norteamericana

El estilo clásico de las expediciones punitivas, se impuso una vez más en la organización militar norteamericana. La necesidad de afluir al teatro de operaciones más próximo por mar, brindó a la primera expedición la posibilidad de elegir una pauta de aproximación indirecta que, naturalmente, inmovilizó aún más a las tropas españolas de mar y tierra, sobre la defensa de los objetivos vitales, es decir, los puertos de mar y las plazas de su proximidad.

La victoria norteamericana se debió al éxito fulminante, de las escuadras del Pacífico y del Caribe. Estos hechos cerraron de súbito para los españoles, la perspectiva de su guerra prolongada contra la secesión.

La posibilidad, desde luego al alcance de los efectivos terrestres españoles de Cuba, y en su caso de Filipinas si se hubiera intentado con anterioridad allí el desembarco, de infligir notables pérdidas a las improvisadas e inexpertas expediciones americanas, vendiendo cara su derrota, dejó de ser racional al mismo tiempo, para la población civil prohispana de Ultramar, para los mandos militares y para los políticos de Madrid, ya que no podría alterar el signo del desenlace.

Pero a la hora de comprender el efecto del «Desastre» en la conciencia de los militares españoles, no es desdeñable el hecho de que lo derrotado hubiera sido el modelo estratégico de defensa de la parte vital del territorio. Esta circunstancia, será la que influirá en el sentido de las reformas militares de la primera década del siglo XX, que sostendrán precisamente como Ministros de la Guerra, los generales españoles que se habían opuesto en Cuba o Filipinas, a la adopción de esa estrategia.

LA DEFINICION TACTICA DE LOS COMBATES

Las tres circunstancias en las que se llegó a formalizar la confrontación militar hispano-norteamericana, —combate naval en el Pacífico, combate naval en el Caribe y combate terrestre en torno de Santiago de Cuba—, rom-

pieron la continuidad de los modos de operar, que los españoles venían empleando en su lucha contra la insurrección, tanto en Cuba como en Filipinas. De una situación táctica asimétrica —ejército contra partidas— se pasó a otra teóricamente simétrica.

Las tres visiones del problema táctico se transformaron y se ajustaron recíprocamente a la nueva situación:

Visión española

La organización estática de defensa de objetivos vitales, en principio, debía ser utilizada como base de partida, para la derrota en campo abierto o en alta mar de las expediciones norteamericanas a las que retóricamente se desprecia. Quedaría marginado el enemigo interior al que, si bien se le considera irreductible a corto plazo, habrá que volver.

Las presuntas batallas decisivas, sin embargo, no pudieron llevarse lejos de las posiciones de partida. En definitiva, el encuentro, tuvo siempre lugar en zonas, donde los efectos de la invasión y de las insurrecciones, se aliaron contra los españoles que volvieron a la táctica de defensa de reductos.

Visión cubana

La organización dinámica del ataque a las comunicaciones, entre los reductos vitales para los españoles, pasó a constituirse en estructura de apoyo a la expedición norteamericana, en la medida en que ésta tuvo la audacia de adentrarse por tierra, como ocurrió en Cuba. Para los rebeldes cubanos, ello supuso una notable pérdida de iniciativa y un retroceso de la perspectiva independentista, que animaba la insurrección. El movimiento guerrillero se convirtió en tropa auxiliar de las columnas americanas.

Visión norteamericana

La organización, también dinámica, de la fuerza expedicionaria, se vinculó desde la primera concepción de las unidades, a la necesidad de disponer lo antes posible del control de las comunicaciones con los puertos de partida. El éxito de la acción directa contra las fuerzas españolas en mar y la sorpresa en el desembarco inclinaron a una táctica ofensiva de ruptura, ayuna de espíritu maniobrero. Esta circunstancia, que entrañaba riesgos innecesarios, fue compensada con la desmoralización, que produjo la destrucción de la escuadra del almirante Cervera.

En la conciencia de los militares españoles, que reflexionaron sobre los combates, —que fueron muy pocos en una atmósfera que aconsejaba el olvido—, persistirá la idea de que lo que había conducido a la derrota era la ausencia, por parte española, de espíritu ofensivo y, por lo tanto, el fallo de la preparación logística para este tipo de acciones. Psicológicamente, se condenará a los mandos que habían confiado en la fortaleza de la defensiva y se

enaltecerá a los héroes que, contra toda esperanza, se lanzaron fuera de las posiciones y les crearon a los norteamericanos situaciones de crisis (14).

LOS EFECTOS MORALES SOBRE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA, DEL TRATADO DE PARÍS

Objetivamente hablando, la estimación de las pérdidas materiales de la contienda propiamente dicha, tanto de carácter militar, —una flota anticuada, unas fortificaciones obsoletas, un armamento rebasado, etc...—, como de carácter económico, —un presupuesto de guerra para la movilización del personal, una relativa quiebra del mercado de productos coloniales, etc...—, no debió conducir a la profunda desmoralización nacional, que conocemos en España con el nombre ya indeleble de «Desastre».

Las siempre lamentables pérdidas en vidas humanas, —en su mayor parte debidas a fallos en la conservación de alimentos para campaña, a la falta de una estructura sanitaria especializada en enfermedades tropicales y a las pésimas condiciones de los desplazamientos por mar y tierra—, sólo mínimamente se debieron al combate frente a las tropas norteamericanas. Los más sensibles, doloridos (y evidentemente exagerados) datos, proceden de los literatos del 98, ninguno de los cuales sabía las cifras exactas. Ramiro de Maeztu (que fue el único que juzgó patriótico contribuir a la guerra, con su enrolamiento como voluntario en unidades que reforzaron por unos meses la isla de Mallorca en el Mediterráneo, teóricamente amenazada por una hipotética flota yanqui) estima en 100.000 hombres, las pérdidas de toda la guerra, es decir, de cuatro años de lucha. Pero en realidad de los 55.000 muertos del Ejército español sólo 3.000 lo fueron en combate.

En la coyuntura económica del fin de siglo, ni las pérdidas materiales ni las bajas personales, significaron una quiebra del ciclo, que siguió siendo ascendente y al que los males característicos de una nación en fase de subdesarrollo le venían afectando mucho más, tanto en la agricultura como en las primeras zonas industrializadas.

Los efectos de la derrota frente a Norteamérica, tras unos meses de operaciones, fueron esencialmente psicológicos y morales. Se manifestaron al instante, como afán desmedido de ruptura con el inmediato pasado y como reencuentro ilusionado con las ideas que habían precedido a la Restauración de 1874. No hubo en los diez primeros años del siglo XX, ni verdadera historia militar del *Desastre*, más allá de las inevitables memorias justificativas, de los altos mandos cesados, con anterioridad a la entrada en la guerra de los Estados Unidos, ni literatura temática sobre la guerra.

Hubo una generación literaria del 98, que de la guerra sólo tomó la fecha como símbolo y que de la coyuntura de desencanto nacional hizo argumento reivindicativo, siempre con alusiones abstractas y generales, contra

(14) WEYLER, Valeriano, general. *Mi mando en Cuba*. 5 vols. Madrid, 1910. (También Santiago Galindo Herrero, en *1898*, de los que fueron a la guerra. Editorial Nacional, Madrid, 1952, deja ver la diferencia de criterio entre las personalidades que hicieron del «Desastre» retórica, y las que tuvieron vivencia de las operaciones militares).

todos y cada uno de los supuestos institucionales de la Restauración. La monarquía constitucional, el sistema de partidos, la organización del Ejército y la Marina y, sobre todo, la estructura del proceso educativo en todos sus niveles, eran, —o debían ser—, responsabilizados, no de la crisis de Cuba y Filipinas, sino de la decadencia del modo de ser español.

LA ANALOGIA DEL DESASTRE ESPAÑOL CON OTROS ACONTECIMIENTOS

La expresión con que el notable historiador español Jesús Pabón, tituló su estudio, —*El 98, acontecimiento internacional*—, vale para señalar la originalidad excesiva que los españoles de la época, atribuyeron al «Desastre».

Hubo desgracias y fracasos militares por todas partes, protagonizados por ejércitos europeos, ansiosos por tomar posesión de nuevos territorios, o empeñados imprudentemente en la defensa de las posiciones alcanzadas en tierras alejadas de sus respectivas metrópolis. Pero el Desastre de Cuba y Filipinas, no fue aceptado ni digerido por la sociedad española, como simple incidencia o discreto aviso, respecto a las dificultades crecientes del empeño colonizador.

«*Todo era un desastre. ¿Y qué era el desastre? Todo*». Es así como se expresaba Ramiro de Maeztu, justamente calificado entonces por su enemigo político del período revolucionario español (1923-1936) Salvador de Madariaga (15), como el filósofo político de la generación del 98, como el enervador de la sociedad y como el espíritu obsesionado por el resurgimiento.

En 1895, Italia había sufrido en Adua, un impresionante freno a sus ambiciones sobre Abisinia. Hasta 1902, después de una década de acciones desafortunadas en Sudáfrica, Inglaterra no se sacudió las consecuencias de la guerra de los boers. El mismo año 1898, Francia, tuvo que encajar una humillación en los componentes ilusionados de la misión Marchand, justamente cuando alcanzaban Fachoda. En Pekín, el año 1900, estalló una crisis colectiva de las potencias occidentales, milagrosamente resuelta, con la apelación al prestigio de una cultura prometidora. En 1904, las tierras de Manchuria, contemplaron el desastre ruso frente al Japón.

El 98, como símbolo de un cambio, fue, pues, un acontecimiento más amplio que el meramente español. Hasta 1898, nadie podía pensar en España, que el colonialismo europeo, era una fórmula ya anticuada de ejercer poderes supranacionales. Desde 1898, las mentes más despiertas, podían reconocer que para que la potencia militar siguiera siendo el argumento supremo en la consolidación de las conquistas coloniales, había que buscar la «entente» con unas pocas potencias, verdaderamente grandes y cerrar el paso frontalmente, a las pretensiones de las naciones en alza sin tradición colonizadora.

(15) MADARIAGA, Salvador de. *España. Ensayo de historia contemporánea*. Editorial Bermas. Buenos Aires, 1952.

La Conferencia de Algeciras de 1906 fue el documento clave. La Conferencia dejó a Inglaterra, Francia y Rusia, colocadas frente a la ruta del respectivo acaparamiento del mundo colonial. No todos lo aceptaron con el mismo humor, pero lo que resulta seguro es que España, en la obra de sus escritores, percibió su crisis, con una intensidad, que sólo puede entenderse en la perspectiva de su anterior grandeza.

LA GENERACION LITERARIA DEL 98

Lo más digno de análisis fue, sin embargo, la facilidad con que los jóvenes de la élite española, —*universitarios del estrato superior de la sociedad*—, dieron por superada la crisis.

«Cuando se compara el repertorio de temas que hoy transitan por la mente pública, con el que frecuentaba la España de 1900, —escribía Ortega y Gasset en 1927—, la diferencia es grande. Tal vez no exista país de Europa, que en este período haya ampliado parejamente su paisaje. Podemos decirlo con orgullo bien fundado: *«esa ampliación, ha sido la obra de nuestra generación»*. «Una generación, —añade Pedro Laín Entralgo al glosar la cita de Ortega—, que nació a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898».

Porque no es exactamente el grupo de los pensadores que encabeza Ortega, lo que en la historia de la literatura española se conoce con el nombre de generación del 98. El *«grupo de hombres más o menos coetáneos entre sí y más o menos semejantes en los temas y en el estilo de su operación histórica»*, que busca Petersen para componer la lista de los miembros de una misma generación literaria (16). —en nuestro caso Ganivet, Azorín, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Machado y Maeztu—, era un grupo de hombres maduros en la fecha del *«Desastre»*, cuando Ortega cumplía 15 años.

Ortega ha de esperar, sólo hasta 1910, para acceder con ímpetu irresistible a la docencia universitaria, como catedrático de Metafísica a la edad de 27 años. Pero la manera de hablar de Ortega, señala que la generación literaria del 98, al modo de ver de sus jóvenes amigos, sirvió para liquidar la mentalidad del pretérito, por el expediente del olvido de sus experiencias y que la generación verdaderamente decisiva, —*obviamente se refiere a la suya de 1914*—, fue la que abordó temas, radicalmente nuevos, e hizo posibles las aventuras constitucionales de la década de los años 30.

Ciertamente que la generación literaria del 98, cumplió la operación histórica, del retorno interiorista, a la tierra patria. Con toda razón, Laín Entralgo llama soñadores, a estos prohombres de la pluma. Pero no la tiene tanto, para disculparles de su falta de realismo y el elogiarles el no haber incurrido en el resentimiento, que cabía esperar de su vivencia del *«Desastre»*. Porque el interiorismo de la generación de 98, en la perspectiva de las necesidades de la sociedad española del reinado de Alfonso XIII, incidió negativa-

(16) PETERSEN. (Su obra sobre las generaciones en tanto categoría histórica se cita continuamente por Pedro Laín Entralgo en *Las generaciones en la historia* y por Julián Marías en *El método histórico de las generaciones y La estructura social*).

mente, sobre el abandonismo de la posición española en Africa y terminó alentando, por analogía, el auge de los nacionalismos regionalistas, en un sentido hostil a la unidad de España.

Para nuestro objeto, —las repercusiones del «Desastre»—, ha sido necesaria esta excursión sobre el mundo de las letras, primero como homenaje a la calidad estilística de los escritores del 98, segundo como censura a su ingenuidad amorosa, hacia los valores antiguos de la cultura española y, tercero como advertencia, en orden a la distorsión interna que, sin quererlo, provocaron entre la clase culta y la campesina y entre el sector militar de la sociedad y la élite civil.

LA TRANSFERENCIA DE LAS RESPONSABILIDADES

No se dió en lo militar el drástico relevo de mentalidades que se dió en la esfera cultural. Desde el *arbitrismo de los regeneracionistas* anteriores al 98, —Costa, fue el impulsor de las empresas donde era viable la participación de las instituciones militares—, pasando por el *ensueño de los literatos*, de la generación del 98 propiamente dicha, —Maeztu fue quien menos se distanció del sentir de los militares de su época—, se llegó hasta los precisos *programas de los intelectuales* de la generación de Ortega y Gasset, —Manuel Azaña, sería el más reiguroso expositor de una reforma militar, sin participación de militar alguno—. El drástico relevo de mentalidades, decimos, no se dió en el ámbito de las instituciones armadas.

Las figuras más destacadas del Ejército y de la Marina, apostaron por la continuidad histórica en la línea de las ideas del sistema de la Restauración. Los mandos que habían participado en las vicisitudes del «Desastre» ni querían, ni podían, ni se lo hubiera permitido la sociedad, un distanciamiento análogo sobre los hechos de Cuba y Filipinas. Ni el espectacular ensueño de los literatos del 98, ni el radicalismo novedoso de los intelectuales, del 14, les parecieron lícitos. Para ellos lo urgente era reformar desde dentro el sistema político vigente, —un *liberalismo de élite*—. Eran como la expresión de un solidario movimiento nacional, en el que todos los españoles compartieran las responsabilidades y aceptaran, unas consignas redentoras de un cirujano de hierro, como había pedido Joaquín Costa (17).

Los altos mandos militares continuaban, pues, siendo regeneracionistas, cuando la élite intelectual predicaba la búsqueda en Europa de nuevos principios. Esta actitud, que en las sesiones parlamentarias, representaron los veteranos generales Polavieja y Weyler, antiguos Capitanes Generales en Ultramar, fue inmediatamente contestada por unas voces, que pretendían circunscribir el «Desastre» a un problema de responsabilidades militares. Nadie fue tan sarcástico, como el Conde de las Almenas, para quien las fajas de los generales, sólo podían servir ya, para ahorcar con ellas a sus poseedores (18).

(17) COSTA, Joaquín. *Oligarquía y caciquismo*. Madrid, 1901.

(18) MARTINEZ DE CAMPOS, Carlos, general. *España bélica. El Siglo XIX*. Aguilar. Madrid, 1961. (Es la más sintética de las relaciones de episodios militares). Para la interpretación en torno al Diario de Sesiones, es muy útil la obra de José María García Escudero *De Cánovas a la República*. Sobre el 98, el mismo autor escribe varios capítulos del Tomo I de *Historia Política de las dos Españas*. Editora Nacional. Madrid, 1974.

Al amparo de esta tendencia, algunos políticos de la Regencia, prefirieron actuar como si todo se debiera, a la mala conducción de las operaciones militares, por generales incompetentes. No sería éste el caso de un Ramiro de Maeztu, todavía lejos de su conversión religiosa y patriótica hacia los postulados de la Contrarreforma y del Barroco. Maeztu fue el único de los escritores del 98, que hizo suyas las ofertas de Polavieja y Weyler, de compartir las responsabilidades del «Desastre».

El atropello del 98, —así lo llamaba Maeztu en analogía con el *Sturn und Drang* de Alemania—, fue el único hecho que tras la derrota ultramarina, encontró a la nación dispuesta para una acción militante. Tenía que ser el punto de partida para la enmienda. Ni el olvido del «Desastre», ni la transferencia de las responsabilidades al sector militar de la sociedad arreglaban nada. Había que buscar el modo de defender con espíritu moderno los valores inmutables de la historia de España.

«¡Responsabilidades!... Y el pueblo mismo ¿no es responsable de haberse dejado engañar por los periódicos y desgobernar por los políticos?. ¡Responsabilidades!... Tiénela, los Gobiernos españoles, los partidos de oposición, las clases directoras, que han conducido mal; las clases dirigidas, que se han dejado llevar como rebaños... Tiénela, nuestros antepasados, que fundaron un imperio colonial tan grande, que para sostenerlo hubo de despoilarse el suelo patrio, el verdadero suelo patrio... ¡Responsabilidad! La tiene nuestra desidia, nuestras perezas, el género chico, la corrida de toros, el garbanzo nacional, el suelo que pisamos y el agua que bebemos».

La consecuencia de la disparidad creciente de los modos de interpretar las causas del «Desastre», no podía ser otra que la ruptura de las bases de la convivencia. La crisis de Cuba y Filipinas, no se estudió en sí misma, sino con categorías tomadas de la filosofía general de las decadencias, que por esos años, explicaban los grandes romanistas europeos. Pero en las conciencias de los sectores más vivos de la sociedad española, se entró en una destructiva dialéctica de responsabilidades. En 1905, con la aprobación de la llamada Ley de Jurisdicciones, tras unas ofensas al Ejército y unos disturbios de réplica de la oficialidad en Barcelona, se dejó en las manos de los tribunales militares la sanción de las conspiraciones contra la seguridad del Estado, la custodia de la dignidad de la Patria y el prestigio de las instituciones. Era una fragante inhibición de los tribunales ordinarios, más que una ingerencia militar en la esfera civil.

La distorsión, aún llegó más lejos en orden al distanciamiento cívico-militar. Sucesivos Gobiernos, restringieron los gastos militares, bajaron apreciablemente la cifra de los generales y almirantes en activo, limitaron ostentosamente las plazas de ingreso en las academias militares y, en definitiva, elaboraron una política militar, exclusivamente orientada hacia la seguridad de las fronteras y costas. Todo al mismo tiempo que la juventud de las familias más acomodadas, se lanzaba a las universidades europeas con el ánimo dispuesto a recibir y a ofrecer inmediatamente a la sociedad española, el soñado modelo de sociedad, donde no había función alguna para las instituciones militares, que creían ver en Inglaterra.



Ejército de Ultramar. Cuba y Puerto Rico (voluntarios de Puerto Rico, Artillería, Jefe de Caballería), Filipinas, Guardia Civil, Lancero. (Del Album Descriptivo del Ejército y la Armada de España) año 1884. (Archivo S.H.M.).

En la primera década del siglo, se pasó de una coyuntura regeneracionista, sólo mantenida por los altos mandos militares y algunos viejos políticos de la Restauración, a otra coyuntura innovadora en la que los ejércitos responsables del «Desastre», tenían el desairado papel de servir de chivos expiatorios.

En principio, la literatura del 98, se había conformado con evadirse de los problemas militares. El pensamiento reformista de los intelectuales-políticos del 14, los empezó a abordar con autosuficiencia. Véase, si no, la atención de Ortega en *España Invertebrada* a los pronunciamientos militares, la pasión de Pérez de Ayala en *Política y Toros*, por el apoliticismo castrense y la dedicación de Manuel Azaña a la política militar francesa (19).

EL EJERCITO, SALVAGUARDA DEL SISTEMA DE LA RESTAURACION

Desde los días de la Guerra de la Independencia (1808-1814), fue norma nunca contradicha, que el cargo de Ministro de la Guerra fuera ocupado por generales del Ejército. Y algo similar ocurrió con el cargo de Ministro de Ultramar, luego convertido en Ministerio de Marina. La Restauración de 1874, había logrado superar con un régimen civil de Gobierno, la vinculación casi constante durante la España de Isabel II (1843-1868) de la Presidencia del Consejo de Ministros, a una figura militar. Jesús Pabón lo llamó régimen de los generales (20). Pero ni Alfonso XII (1874-1885), ni la Regencia de María Cristina, ni Alfonso XIII hasta 1917, entregaron la cartera de Guerra, a personalidad civil alguna.

Lo más significativo, durante el período 1899-1910, no era la presencia de militares en el Ministerio de la Guerra, sino la circunstancia de que, al hilo del turno de partidos, la cartera pasara precisamente por las manos de generales, que habían destacado en su tarea de gobernantes o de jefes, en Cuba y Filipinas.

Esta circunstancia reafirmaba, sobre todo, al Ejército, en la función de salvaguardia del sistema de la Restauración, con una acusada tendencia conservadora. Los políticos al servicio del aparato del Estado (Maura, Dato, Canalejas y Romanones) podían, cada uno a su modo y en relación con las exigencias de su electorado, representar un papel más progresista, con la fundada esperanza de que, en última instancia, las crisis encontrarían al Ejército, dispuesto para el respaldo del principio de autoridad.

El espíritu regeneracionista de los arbitristas españoles, venía impulsando con fines pacíficos y altruistas, la presencia española en África ya desde lustros antes del «Desastre». El «Desastre» no les desanimó a estos africanistas, que encontraron eco en determinados sectores de la burguesía periférica

(19) AZAÑA DIAZ, Manuel. *Política militar francesa*. 1919. (Incluida en *Obras Completas*, presentada por J. Marichal).

(20) PABON Y SUAREZ DE ORBINA, Jesús. Conferencia en la Escuela Superior del Ejército. *El Régimen de los Generales*. (Incluida en *La Subversión contemporánea y otros ensayos*. Narcea Ediciones. Madrid, 1973).

peninsular, del propio Ejército y de la Marina. Pensaban, que la regeneración, pasaba por el reencuentro con una actividad civilizadora y no por el ensueño interiorista de los literatos del 98 y negaban, con pasión incluso, que la operación entrañara riesgos militares (21).

Con la llegada al trono en 1902, del joven rey Alfonso XIII, educado en los principios del regeneracionismo, tanto como en la simpática admiración de los valores de la milicia, se presentó la oportunidad de llevar al Norte de Africa y a las posesiones españolas del Golfo de Guinea, la experiencia administrativa de los más selectos jefes, regresados de Cuba y Filipinas.

El proyecto no pareció imprudente sino lógico. La diplomacia inglesa, lo estimuló, al unísono con la alemana, para dificultar el acceso de Francia al Estrecho de Gibraltar. Ni en lo económico ni en lo militar, se empeñó inicialmente el Estado ya que le bastaba desarrollar una vieja presencia. Pero la inestabilidad europea, precipitó la crisis y, cuando en 1909 en torno a Melilla, una columna militar sufrió las consecuencias de una emboscada, la sociedad española, temerosa de la prolongación del conflicto, volvió a creerse que la desgracia, se derivaba de un nuevo fallo de la organización militar española, imputable a los hombres de Cuba y Filipinas, que no habían dejado de conducirla (22).

EN EL MARCO PSICOLOGICO DE UNA LARGA POSTGUERRA

España, utilizó la memoria del «*Desastre*» para permanecer, en principio, indefinidamente en el marco psicológico de una postguerra. Como es bien sabido, estuvo muy lejos de conseguirlo. Sus políticos, eligieron siempre la opción que aparentemente eliminaba la participación de los ejércitos en conflictos armados, —el abandonismo en Marruecos, el neutralismo en la Gran Guerra y el cambio pacífico de régimen, para salir en 1931, de la era occidental de las dictaduras, cumbre constitucional de la formal renuncia a todo tipo de guerras. En 1914 el Ministro de la Corona que estaba al frente del partido liberal, el Conde de Romanones, organizó un escándalo con el artículo que tituló *Neutralidades que matan* (23).

Gaston Bouthoul en su documentado *Tratado de Polemología* (24) llega a establecer unas conclusiones sociológicas, sobre la psicosis de las postguerras que se impone de modo variado a vencedores y vencidos. Las líneas maestras de la teoría de Bouthoul, están basadas en la experiencia de las dos postguerras mundiales en Francia. «*El adormecimiento de la impulsión belicosa, —escribe Bouthoul con ánimo de generalizar la tesis a vencedores y*

(21) ALONSO BAQUER, Miguel. *El Ejército en la Sociedad Española*. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1971.

(22) GARCIA ESCUDERO, José María. *Historia política de las dos Españas*. Tomo I. Editora Nacional. Madrid, 1974.

(23) ROMANONES, Conde de. *El Ejército y la Política*. Madrid, Ediciones Renacimiento, 1921. (El artículo del año 1914 está recogido en la Colección de Documentos de Fernando Díaz Plaja).

(24) BOUTHOU, Gaston. Obra citada y también el breve ensayo *La Guerra* de la Colección «¿Qué sé yo?»

vencidos—, dura, en general, el tiempo justo para reconstruir las pérdidas del conflicto precedente».

Para Bouthoul la situación demográfica, que está en la base de todas las impulsiones que llevan a las guerras, se reconstruye en menos de cinco años. Y cuando se trata de una nación vencida, las características del tratado de paz, normalmente fecundas en heridas de amor propio, aún se acelera el renacimiento de la estructura explosiva. Esta se manifiesta, con la presencia de una juventud disponible y predispuesta a la turbulencia. Lo que ocurre a continuación, es que la impulsión belígena se canaliza hacia una guerra civil, una cruzada, una emigración o una guerra extranjera.

El efecto sobre la sociedad española del «Desastre de Cuba y Filipinas», no tomó inicialmente ninguna de estas direcciones. Lo más llamativo, a medio plazo, fue el fenómeno de disyunción entre la España oficial, —viejo tema de los regeneracionistas—, y la España real, con el agravamiento de la ruptura de solidaridad, entre el hombre instruido en las academias militares y el formado en las universidades.

Y es que el «Desastre», no lo habían sufrido en su carne y en la misma proporción las clases medias de la sociedad española. Las bajas se las repartieron en exclusividad los oficiales de esta procedencia y el campesinado en virtud del sistema vigente de reclutamiento. Amplios sectores de la vida española, en fase de expansión capitalista tuvieron de la guerra del 98, una referencia puramente sentimental. Mientras unos sufrían las consecuencias en su propia casa, otros las sufrían en su orgullo de españoles. Y éstos estaban interesados por eludir en su biografía, la reiteración de unas circunstancias bélicas similares.

Hasta 1912 no logró Canalejas, —*como el Cid, después de muerto*—, que la ley de reclutamiento, llevara a las filas a un corte transversal de toda la sociedad, estableciendo el servicio militar obligatorio. En la década 1900-1910, el militar seguía pensando que el Ejército y la Marina, eran víctimas de los presupuestos de paz de los políticos y el político, —nunca fue tan político el intelectual—, siguió creyendo, que la escasa preparación del militar, le convertía en un insaciable derrochador de suculentos presupuestos.

En 1910 no se había rehecho, ni siquiera en el sector militar de la sociedad, —y mucho menos en las bases sociales de donde se nutrían las tropas—, la impulsión belígena, que Bouthoul espera poco después de la derrota. Lo que se había distorsionado era, por arriba, la convivencia social. Se había producido una situación nueva.

Durante la Restauración y la Regencia, todas las tendencias políticas se sentían representadas en uno u otro grupo de militares. El Jefe del Gobierno, se limitaba a producir una inflexión en la política militar, coherente con el espíritu del partido en el poder. Pero desde 1910, ninguna tendencia política cuenta con la confianza de los militares, ni en parte ni en su conjunto, porque ninguna de las que tenían posibilidades de gobernar, manifestaba particular simpatía por el modo de ser de los militares.

Esta quiebra interna del sistema social de la Restauración en su vertiente militar, no fue atenuada por el reformismo de los Ministros de la Guerra de

Alfonso XIII. El relevo generacional, tan rápido en los cenáculos culturales, no llegó al generalato hasta unos años después. Y aunque la etapa fue fecunda en el proceso de modernización técnica y administrativa de los ejércitos, —se modernizó el armamento, se dotaron los servicios y se racionalizó la burocracia—, este avance no fue correspondido con el progreso en la integración cívico-militar.

LA INDECISA POLÍTICA MILITAR DE LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO

Los generales Polavieja, Weyler, López Domínguez, Linares y Luque, —Ministros de la Guerra durante casi la totalidad de la postguerra—, realizaron una importante labor de reajuste, paralela a la que cumplieron los ministros reformistas de la Armada. La modernización de las doctrinas tácticas y de los medios de combate y la generalización de las maniobras por todas las guarniciones, empezó a ser satisfactorias. Sobre todo, pudo apreciarse la mejoría en los programas de las academias militares. Pero la política militar cometió un error de fondo. Dió la espalda a las dos hipótesis más probables de conflicto armado: campañas coloniales en el Norte de África y participación en una guerra de coaliciones en Europa.

El abandono de la primera hipótesis, se justificaba en la necesidad de olvidar lo de Cuba y Filipinas. Las academias militares no incluyeron en los programas, el estudio de esta guerra, ni lo haría en lo sucesivo. El abandono de la segunda hipótesis, se basaba en la confianza en la neutralidad y en el aislacionismo. El modelo de ejército por el que se optó, era, básicamente, el más barato de los posibles, —infantería a pié extraída del servicio militar obligatorio—. Para el apoyo de esta infantería, había que refrenar la tendencia elitista de los cuerpos facultativos, —artillería, ingenieros y estado mayor—, haciendo prevalecer el empleo táctico de acompañamiento, sobre las tareas de investigación tecnológica o de dirección de la guerra. El punto más débil del modelo de ejército, estaba en las limitaciones de transporte y la tracción animal.

La indecisa política militar, era el resultado del simultáneo abandono de las dos hipótesis de guerra y de la ilimitada confianza en el neutralismo aislacionista. Una política exterior de no alineamiento, una política interior de restricción de gastos militares y un afán igualitario y uniformador, como bases de la nueva orgánica militar, se conciliaron para que la política de los dos partidos del turno constitucional, —el liberal y el conservador—, en lo que a las instituciones militares se refiere, oscilara entre reformas de la participación en la carga del servicio, obsesión de los liberales de tendencia democrática (Canalejas sobre todo) y reformas en la articulación de los órganos superiores de la defensa, proyecto de los conservadores (Maura en primer lugar) (25).

(25) ALONSO BAQUER, Miguel. Obra citada y también *La Geografía militar española en la hora del regeneracionismo*. (Conferencia pronunciada en 1976 y editada por la Real Sociedad Geográfica de Madrid).

El recuerdo del «*Desastre*» trajo el avance irresistible de los partidarios de la universalidad del servicio de corta duración y también la homogeneidad de los sistemas formativos del Ejército y de la Marina y dentro de ellos de sus diferentes Servicios. Lo primero, podía servir para incrementar la integración social cívico-militar y lo segundo para fortalecer el sentido de identidad entre los cuadros permanentes. Pero en la realidad social, ambos propósitos se contrarrestaron.

El proceso, sin embargo, no puede calificarse de profesionalizador a nivel tecnológico. Con respecto al Ejército de la Restauración, —en síntesis, el de las reformas de Martínez Campos, Cassola y López Domínguez, cerrado en 1893—, se tenía un aparato militar con menos generales, con un Estado Mayor sensiblemente igual en volumen, pero menor en proporción, por el crecimiento de la estructura profesional de los empleos inferiores, con unas Academias militares, menos recargadas de cadetes y sobredotadas de profesores y con unas tropas ajenas a la especialización. Se había profesionalizado el nivel de los mandos, pero se había desprofesionalizado el nivel de las tropas.

Habría que esperar a la Gran Guerra, para descubrir un reanimamiento del reformismo militar, ahora de carácter inducido. Sólo entonces, se propiciaría la fórmula francesa del ejército de masas. Pero la realidad inmediata, —rebelión del Rif—; aconsejaba todo lo contrario, unas unidades diversificadas, fluidas, ajustadas a cometidos complejos, que iban desde la administración al choque, desde la información al combate y desde el protectorado a la sumisión de la población aborigen.

Ahora bien, el elemento perturbador por excelencia, siguió siendo la distorsión creciente entre el universo de valores, cultivado en las activas unidades del Ejército empeñadas en Marruecos y el universo de principios de la élite civil europeizante, entre el regeneracionismo nacional (*evolucionista*) de los militares y el reformismo modernizante (*radical*) de los profesores, que se disputarían alternativamente, entre 1923 y 1936, los apoyos populares.



APENDICE I

TABLA CRONOLOGICA DE ACONTECIMIENTOS, CON ESPECIAL REFERENCIA A LA CRISIS DE CUBA

- 1868 Se inicia con el «*Grito de Yara*» la llamada «*Primera guerra de la Independencia Cubana*», al mismo tiempo que en la Península Ibérica, una revolución liberal arroja del trono a Isabel II de Borbón.
- 1878 Se concluye por la «*Paz de Zanjón*» el período de luchas en Cuba.
- 1892 En Tampa, «*José Martí*», crea el *Partido Revolucionario Cubano*, que aglutina a minorías de cubanos residentes en torno al Caribe.
- 1894 Fracasa el «*Plan Fernandina*», que había preparado Martí para desembarcar con cubanos residentes en Florida, Costa Rica y Santo Domingo, en las costas de la Isla de Cuba. Washington aceptó las protestas españolas, por su tolerancia en el proyecto de invasión.
- 1895 «*Grito de Baire*», Localidad situada a 75 kilómetros de Santiago de Cuba (24 de febrero), que abre la «*Segunda guerra de la Independencia*». Casi al mismo tiempo, el Ministro español de Ultramar, Abárzuza, publica en Madrid una Ley de Autonomía para Cuba.
- Como quiera que en La Habana sólo hay una guarnición de 16.000 hombres de fuerzas regulares, sale para Cuba la primera expedición de soldados de la Península, compuesta por 9.000 hombres sin particular instrucción.
- A las órdenes del rebelde cubano Maceo, desembarcan tropas en la provincia oriental, mientras se incorpora a la Habana el nuevo Gobernador y Capitán General Arsenio Martínez de Campos, con justa fama de pacificador (28 de marzo).
- El 20 de mayo, resulta muerto en acción de guerra «*Martí*», tras las acciones de Bigas y Dos Ríos.
- Mientras decrece la actividad militar en Cuba, estallan a finales de agosto en Filipinas sublevaciones y motines, que son sofocados.
- El 13 de septiembre se constituye formalmente en «*Jimaguayú*» la República de Cuba, proclamada por una *Asamblea Constituyente* que se cierra a todas las negociaciones con España.

1896 «Maceo», atravesando por sorpresa una de las trochas más vigiladas, para la separación de las dos zonas extremas de la Isla de Cuba, inicia con el año su «*Gran marcha*», que por el sur de Camaguey le lleva triunfalmente a Mantua en el extremo occidental de la Isla.

La continua llegada de refuerzos desde España eleva los efectivos regulares en 190.000 soldados, a los que se suman cerca de 60.000 voluntarios de origen cubano. Ante el cariz de los acontecimientos, el Capitán General Martínez de Campos solicita su relevo.

En febrero, las riendas de la guerra, están en las manos de Valeriano Weyler, que actúa con energía. Las operaciones culminan con la muerte en una emboscada de «*Antonio Maceo*», el 4 de diciembre. Las provincias de La Habana, Pinar del Río y Matanzas, quedan pacificadas a fin de año. Weyler pide dos años más, para liquidar la insurrección y Cánovas del Castillo le reitera la confianza de un Gobierno conservador.

Simultáneamente, Camilo Polavieja, se hace cargo del Gobierno y de la Capitanía General del Archipiélago de Filipinas. Con unos 30.000 hombres, altera la política blanda de Ramón Blanco y consigue la recuperación del orden público en la localidad de Cavite.

1897 Weyler, emprende la ofensiva contra «*Calixto García*», que se ha hecho fuerte en la Provincia de Oriente. Pero en marzo, la tensión sube, porque se tienen noticias de nuevos levantamientos en Filipinas y se teme una crisis en Puerto Rico.

En abril, dimite Polavieja y es recibido en triunfo por los madrileños, que elogian su enérgica política en Filipinas. Le sustituye Fernando Primo de Rivera, que el 13 de septiembre, acorralla a Emilio Aguinaldo y recibe su sumisión. Aguinaldo pacta la rendición de todas las tropas y se retira a Hong-Kong, con dinero español al servicio de la pacificación.

En agosto, cae asesinado el Jefe del Gobierno español Cánovas del Castillo. El 6 de octubre, el nuevo Jefe de Gobierno, el liberal Sagasta, cede el paso a Ramón Blanco y obliga a Weyler a dimitir. Se intensifica la política apaciguadora con la concesión el 25 de noviembre, de la plena autonomía a Cuba. Sólo la política internacional y la defensa quedan a cargo de España.

1898 Se pretende que el 1 de enero, empiece a funcionar el «*Gobierno autónomo de Cuba*», al tiempo que se recrudece la campaña belicista del periodismo norteamericano. El día 25 el acorazado Maine, para respaldar la defensa de los intereses norteamericanos, entra legal y amistosamente en el puerto de la Habana.

El 15 de febrero, una explosión, totalmente fortuita, echa a pique al acorazado. El Congreso y la Cámara de representantes de los Estados Unidos, presionan al Presidente MacKinley en dos direcciones:

la compra de la Isla y la declaración del estado de guerra, como paso previo a la intervención militar.

El 9 de abril, mientras en Filipinas se produce también un relevo en la Capitanía General de sentido pacificador, —Basilio Augusti sustituye a Primo de Rivera—, el Presidente MacKinley solicita del Congreso autorización para el empleo de fuerzas militares en Cuba. Entre los días 18 y 25 se recorren todos los pasos que conducían a la guerra, sin contacto alguno con los cabecillas de la rebelión cubana.

El 24 de abril, el Gobierno español requiere al mando de la flota española surta en la Isla portuguesa de Cabo Verde para que se dirija a la Habana. El 10 de mayo, recalca con problemas de combustible en Martinica. El Almirante Cervera, tiene entonces la primera noticia del desastre de Cavite sufrido en Filipinas por la flota del almirante Montojo el 1 de mayo.

Los rebeldes cubanos, alentados por la nueva situación, toman contacto con el general Miles, comandante general del ejército norteamericano, y le insinúan opere sobre las provincias orientales de Cuba o sobre Puerto Rico, ya que consideran inexpugnable, a la ciudad y puerto de la Habana.

La entrada el 19 de mayo, de la flota de Cervera en Puerto Rico, con la intención de carbonear y dirigirse a la Habana, altera todos los supuestos. Se piensa en lo importante que es, la posición del conjunto de guarniciones de Santiago de Cuba y Guantánamo y en la colaboración de los marinos españoles, para evitar la penetración por tierra de los invasores de Este a Oeste.

El 6 de junio, los mandos norteamericanos han decidido aceptar que el centro de gravedad de las operaciones terrestres y navales sea precisamente Santiago de Cuba. El bloqueo de la flota del Almirante Cervera y el desembarco de un cuerpo expedicionario, habrán de combinarse con la presión de los rebeldes cubanos.

El 8 de junio, en la base de Tampa (Florida), comienza un desordenado embarque de efectivos norteamericanos que hasta el 20 no llegan frente a las costas de Cuba. Se trata de un Cuerpo de Ejército (V) a las órdenes de Shafter, que cuenta con 819 oficiales, 15.085 soldados, 30 secretarios, 272 conductores de ganado, 107 armeros y 89 corresponsales de periódicos. Faltan caballos pero no mulos.

El 22 de junio, se desembarca en playas que cubren sin dificultades 1.500 rebeldes cubanos. No hay un sólo encuentro con tropas españolas. Entre los 6.000 desembarcados en la primera jornada y el desembarco de la artillería de sitio, pasa una semana, que se cierra con el doloroso balance de bajas de los combates de El Caney y de la Meseta de San Juan. A pesar de sus avances, la expedición norteamericana está a punto de reembarcar. Es entonces cuando se tiene noticia de la destrucción de la escuadra de Cervera.

En la noche del 2 de julio el general Blanco, desde la Habana, ha exigido la salida de la escuadra de Cervera en contra de la opinión mas realista de éste. A las nueve de la mañana del día 3, la salida se corona con el aniquilamiento de una flota, que tiene la mitad de alcance en su cañones, la mitad de coraza en sus cascos y la mitad de velocidad en sus desplazamientos, que la del almirante Sampson.

Los días siguientes a la destrucción de la escuadra, se viven en suspensión de hostilidades necesitada para las dos partes enfrentadas en tierra. Empeora la situación de ambas por distintas razones, —por falta de aclimatación la norteamericana y por conciencia de aislamiento la española—. Hasta el día 15, no deja el Gobierno de Madrid en libertad a los defensores de Santiago de Cuba, para capitular con honor. Pero el 16, capitulan un total de 13.000 hombres, algunos de los cuales estaban fuera del alcance de la expedición norteamericana.

La capitulación, incluía la evacuación militar de plazas no atacadas y el derecho a la repatriación a España, garantizada por los Estados Unidos, de los que prefirieran venir a España antes de quedarse en una Cuba ocupada, en concepto de prisioneros. A lo largo del mes de agosto hasta 15.000 personas volvieron a la Península procedentes de Santiago. La escena se repetiría en los meses siguientes, con los demás efectivos españoles del resto de Cuba y de Puerto Rico, donde se operó entre el 21 de julio con base de partida en Guantánamo, hasta el 18 de octubre que se entró en San Juan. Previamente, en «*San Potenciano*» se firma la capitulación de Manila, ya que el desastre de Cavite, había devuelto a Aguinaldo a la insurrección con más apoyos que nunca.

Desde el 26 de junio, la petición de negociaciones a través del embajador francés en Washington, estaba abierta, en lo referente a Cuba y Puerto Rico. Pero la circunstancia de la caída de Filipinas en una atmósfera similar de derrotismo español y de ambición imperialista hizo que el Protocolo de 12 de agosto, —fin de todas las hostilidades propiamente dichas—, insistiera en el derecho de los Estados Unidos a la inspección y al control de la bahía de Manila, como garantía hasta que se celebrase el tratado de paz.

El 10 de diciembre, el Tratado de París, ponía fin a la guerra y dejaba redistribuido el espacio de «*Filipinas*», «*Carolinas*» y «*Marianas*» entre los Estados Unidos de América y Alemania.

APENDICE II

OBRAS DE CONSULTA, CON ESPECIAL REFERENCIA A LOS TESTIMONIOS DE AUTOR ESPAÑOL

- ABELLAN, J.L. *Sociología del 98*. Barcelona, 1973.
- AGUINALDO Y FAMY, Emilio. *Versión verdadera de la Revolución Filipina*. Tarlak, 1899. (Existe original en inglés).
- ARDERIUS, Francisco. *La Escuadra española en Santiago de Cuba*. Cuba, 1903.
- AZCARATE, Pablo. *La guerra del 98*. Alianza Editorial. Madrid, 1968.
- BARR CHIDSEY, D. *La guerra Hispano-Americana 1896-1898*. Traducción de M. Covian. Barcelona, 1973.
- BLANCO AGUINAGA, C. *Juventud del 98*. 2ª edición. Barcelona, 1978.
- BRIDE, Capitaine Ch. «*La Guerre Hispano-Américaine de 1898*». París, 1899.
- CERVERA, Almirante D. Pascual. *Colección de Documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas*. Madrid, 1900.
- CERVERA RODRIGUEZ, Mercedes. *La guerra naval del 98 en su planteamiento y en sus consecuencias*. Madrid, 1977.
- CERVERA PERY, Capitán de navío. *Marina y Política en la España del siglo XIX*. Madrid, 1979.
- CONCAS, Victor. *La Escuadra del Almirante Cervera*. Madrid, 1903.
- FLOREZ, Eugenio Antonio. *La Guerra de Cuba*. Apuntes para la historia. Madrid, 1895.
- FONER, Ph.S. *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*. Tomo I (1895-1898), Tomo II (1898-1902). Madrid, 1975.
- GALLEGO, Texifonte. *La Insurrección Cubana. Crónicas de la Campaña*. Madrid, 1900.
- GUERRA Y SANCHEZ, Ramiro. *Crónica de la guerra de Cuba y de la rebelión de Filipinas*. Barcelona, 1895-1897. 5 vols.
- MULLER Y TEIJEIRO, José. *Combates y Capitulaciones de Santiago de Cuba*. Madrid, 1898.
- PEREZ DELGADO, R. *1898, el año del Desastre*, Ed. Tebas, Madrid, 1904. (Reeditado en 1976).
- PIRALA, Antonio. *Anales de la Guerra de Cuba*. 3 vols. Madrid, 1895-1898.

- REPÁRAZ, Gonzalo. *La Guerra de Cuba. Estudio militar.*
- RISCO, Alberto. *La Escuadra del Almirante Cervera.* Madrid, 1920.
- RIVERO, Capitán de Artillería, D. Angel. *Crítica de la guerra hispano-americana en Puerto Rico.* Madrid, 1922.
- SARGENT, Herbert, H. «*The campaign of Santiago de Cuba*». 3 vols. 1907.
- SASTRON, Manuel. *La insurrección de Filipinas.* Madrid, 1897.
- SHAW, D.L. *La Generación del 98.* Traducción de C. Hierro. Madrid, 1977.
- TORAL, Juan y José. *El sitio de Manila.* 1898. *Memorias de un voluntario.* Manila, 1898.

